

BARBERO MUNICIPAL

CONSERVADOR

venta: Trimestre, \$25 pesetas; Núm. suelto 0'10 idem.

Director: Don José Arcos Moldes

La modelo (1)

Es una historia de la cual sólo a medias me pertenece el título y el mero trabajo de ordenarla, compuesta de varios papeles íntimos llegados a mí por casualidad, merced a ser yo gran curioso ó anticuario de una como arqueología romántica principalmente fundada en las huchas viejas donde reposan memorias empolvadas entre flores marchitas, rizos, medallones deslustrados, correspondencias, en fin, y dádivas propias de los amantes. No es antigua esta historia; ¡mas envejecen tan pronto los tales papeles!

Montevideo, Marzo de 1912.

Mi buen hermano y amigo:

Myna.

Llegó tu carta oportunamente, con oportunidad relativa: no te tranquilices; lo suficiente nada más para demorar en unos días el desenlace presumido en tu última. Pero unos días pueden valer mucho, y entonces no sucederá lo que tú no quieres que suceda. Entiende bien: no es a tu consejo que se debe tal ventajilla, sino al placer de contestar tu carta, lo cual me proporcionará hoy, y quizá llegue a mañana y pasado el beleño, un desahogo de la obsesión que me trae trastornado, medio dichoso, estos días. Comentemos tu carta.

En primer lugar, voy a perdonarte de una contradicción muy humana en que incurres: ¡tú, metido hasta el cuello en una pasión romántica, me adviertes a mí de tener cuidado, mirar bien lo que se hace y dejarse de tonterías!

Aparte.

¿Mi aproximación a Myna es alevosa, dices, porque puedo evitarle una pasión cuyo final probable será un desencanto? Puede ser; pero mi alevosía, de haberla, tiene muchos atenuantes. Yo me pregunto: ¿dónde saciar mi sed de amor? Es imperativo de mi constitución, y de la tuya, y de todos, ¡qué diablo!, pues en nosotros y algunos más, pocos, tan sólo se da excepcionalidad de perfección. Y bien! si no fuese Myna (¡Myna! ¡que no sé qué de ideal y de exótico...! ¡Va ves, el nombre también tiene la culpa: ¡Myna!), otra sería mi Samaritana, pongamos una Camila, una pobre muchacha, medio bobota ella, costurera, sos én quizá de un padre viejo y achacoso, y de tal criatura—que no sabría languidecer con aroma de resignación y de dulces memorias, sino mugir como una vaca estremecida por la lluvia y el frío inopinados y desde entonces abandonar a un vivir degradante, porque perdió su tesoro único, el tesoro de su virginidad recatado con celo instintivo—¿no sería escarnio mayor saciar la dicha sed? En Myna (¡oh, Myna!) se produciría un pe ar suave, hasta voluptuoso; pero Camila, sólo ca az de apagar los ardores de la sangre, acabaría en la desventura del vicio ó de un desposorio ímoral: mala madre, mala hembra, impúdica y depravada. Y una jugosa menestrala es más útil para sí misma y para la especie, que una señorita pálida, sin caderas, busto plano y ojos soñadores. (¿Eh? Déjame respirar. ¡Vaya unos parrafitos parlamentarios!)

Otro punto de vista:

Myna, la espiritual Myna (¡oh, Myna!) ¿por qué ha de oponerse al destino de su temperamento apartándose del varón que puede transportarle a los amores de ensueño? Y si de no poderle regalar yo los otros amores—porque mi ser no puede satisfacerse a medias—le viniese una melancolía deliciosa que aromase su atardecer, en la soledad estricta ó en la de un matrimonio poseído, ¿por qué dejar yerma, ó peor, accidentada por los anhelos la sen la trazada en su esencia? ¿Qué de saber la condición de mí a ercamiento lo re-

pugnaria? Quizá no se conozca, y entonces aun pudiera servirla su mergirla en su propia substancia, ó cuando menos fatalidad determinada por la fuerza de la misma, en cuyo caso debe haber para el «agente» exención de mérito y culpa. (¿Estoy catedrático?)

Otro punto de vista:

¿Y si Myna supiere vencerme, desintegrarme, y reduciéndome a ser su esposo alcanza-se así con el término de la aspiración burguesa el de su temperamento? No hay ventura sin aventura, y, además, el riesgo que nos ocupa es ley de tales empresas. Y aun predigo que con el sujeto predestinado en el fondo de su personalidad no lo perdería todo, y si en caso contrario, donde a más de tiempo é idealismo perdería buena fama, por no aventurar más graves probabilidades.

Un disparate:

Ayer oí en sueños unas ahricias pavorosas: ¡Myna morirá pronto! (¿Entiendes? Una bella simificación de amor podría siempre dedicársela, y cuantas veces yo mismo sería feliz tomándola por realidad).

Aparentemente con tales puntos de vista y tales dispartes se aumentan hasta lo monstruoso los grados de mi alevosía, pareciendo ya incapaces todos los romanticismos para guardarme de un justo desprecio. Aparentemente, creo. Quizá la vieja teoría de la espontaneidad, condición de los buenos sentimientos, produzca tal criterio, cuando el amor puede ser también flor de invernáculo, y aun lo será por fuerza muchas veces en nuestros medios civilizados, quiero decir en las zonas superiores de nuestra cultura, refinada y laberíntica.

Ahora sí, punto de veras. He conseguido lo que deseaba. Hoy no soñaré con Myna. (¡Contravenenos!)

Adiós, querido. Recuerdos a tu novia, mademoiselle Colibri. Un abrazo, si no lo impiden mis alevosías.

OSCAR.

Myna, Myna, Myna
Myna, Myna, Myna
Myna, Myna

Myna!

Me gusta repetir mucho tu nombre; es la sensación de un beso largo que nunca se acaba, pudiendo haberse acabado a ras de comenzar, y sería beso lo mismo.

(Y no quiero decir Myna mía, ó Myna divina. Sería redundancia, estorbo de las vaguedades con que su encanto nubla deliciosamente mi ser todo. Rosa bella, no; Rosa. Tenlo a más fervor de mi alma. También así: ¡oh Myna!)

Pero no quiere decir beso, Myna. Porque a ti no te sienta mal tu nombre. Si, mucho encarna en nosotros del espíritu del nombre. Sinó, ¿por qué los poetas cuidan tanto del nombre de sus personajes? Yo me llamo Oscar Blitzen, nada más.

Siento no llevar en el nombre la memoria de mi madre, que tiene mis preferencias filiales; pero, caramba, González, aun con acento en la *a*, no puede ser.

Si lo hubieran conservado neto: Gonçalves, aún, aún... (Mi madre es hija de un brasileño.)

Myna, Myna, Myna
Myna, Myna, Myna
Myna, Myna

(La pluma es mala.)

Y ahora pienso que tomado como beso tendría el acento en la *i*, también, y resulta un beso intenso, punzante; y es el final de un beso largo que se acaba con rabia de alcanzar no sé qué deleite supremo, extrahumano; y hablo de un beso muy puro, porque tu nombre, acaso por la influencia de tu figura, no excita mi sangre. Bien dicho antes: no es un beso, Myna; quisé aclarar la música del nombre con esa comparación. Quizá un beso de los ojos, eso sí, y debajo de las miradas que se besan con brillo cada vez más profundo, unas ma-

(1) (Del libro que Eduardo Dieste acaba de publicar en Montevideo.)

nos que se aprietan cada vez más, más... (Parece de opereta. Y me río sin querer. Perdóname.) Si, si, un beso de los ojos. Y nos reímos y nos echamos atrás desfallecidos, como después de los besos largos que acaban con ira. ¡Myna, Myna, Myna, tú eres alma, casi no tienes más que nombre!

¡Quién sabe...!

¡Ojalá!

Apostillas

Fué un dibujo de la mano ociosa, en medio de una lectura muy seca de Comte. (¿Será Myna, en cierto modo, mi Clotilde de Vaux? No es de temer.) Fué á las dos de la noche del 9 de Marzo de 1912. Lluve (meteorológico por excelencia). Para recordarlo de viejo.

Dibujé para mi solo estas locuras, interrumpido en el trabajo por la obsesión de su nombre.

¡Myna, Myna, oh, Myna!

(¡Qué graciosa también le vendría de molde á un dogo minúsculo y rechoncho que tuve antaño: —¡Min, venga usted, Min!

Voy á dormir; tengo sueño ya. No, fatiga de la obsesión de su nombre. ¡¡Myna!!

Al dorso

Nunca se dice toda la verdad, porque no se quiere ó porque no se puede. No va toda la verdad en las apostillas. Hay en ellas más literatura que en todo lo escrito; en éste casi no la hay más que propiamente dicha y á la ligera, medio á la ligera, claro, como cosa que no tiende á la publicidad. (¡Vanidosillo!

Yo le dije á Myna la mitad de la verdad y le puse miedo de quererme. Son sus palabras.

¡¡Myna!!

(Esto sí, también para recordarlo de viejo, en la edad de llorar los pecados y aconsejar á los mozos.)

Un vecino de cuarto, ¡bestia demonio!, acaba de lanzar una voz espantosa, de demonio, en sueños. Me revolvió todos los nervios.

Ya pasó. (Ya pasó también el tiempo en que me asustaban Hoffmann y Edgar Poe.)

No tengo sueño, me parece. Fatiga, sí, malestar... ¡tantos males, y tantos cigarrillos, y tanto Myna, Myna, Myna!

A la cama.

Myna (sin coraje); un beso muy cariñoso. Miro á tus ojos. Sin acento, blandamente. Adiós, Myna (se rena men te).

EDUARDO DIESTE.

(Continuará).